

## Primera filmación

Mi jefe, Carlos H. Vanegas, no fumaba marihuana pero en cambio le encantaba tomar trago. Tenía un canje publicitario permanente con el Grill Mario's, un bar de regular categoría que quedaba en la calle 58 entre carreras 13 y Avenida Caracas. Un viernes Carlos me dijo:

—Esta noche tenemos una filmación. Tienes que acompañarme para que cargues los equipos y las luces.

—Listo, Carlos. ¿A qué horas?

—A partir de las doce de la noche comienza la función.

—¿Dónde?

—En Mario's.

—¿Función? —le interrogué.

—Sí, es un show.

Los equipos no eran gran cosa aunque en ese momento me parecieron la gran maravilla porque me estaba aproximando por primera vez al mundo del séptimo arte. Eran una cámara de cine Arriflex que usaba película de 16 milímetros; tenía tres lentes que giraban al presionarlos, lo que permitía que la toma fuera más lejana o más cercana, y *las luces* consistían en solo una lámpara de tungsteno amarrada a una base metálica oxidada. Vanegas se sentía un auténtico director de Hollywood y se transformaba con solo ver sus equipos.

—Una cámara abre muchas puertas y te da poder —decía orgulloso—. Solo hay que saber usarla —remataba con algo de suficiencia.

Esa noche llegamos al grill en taxi, al filo de la media noche.

—Don Carlos, bienvenido —le dijo un portero uniformado con un traje rojo pálido, un poco raído por el tiempo.

—Buenas noches, ¿cómo está la cosa? —preguntó Carlos.

—Bien, todo listo, como siempre —contestó el portero.

Cuando pasamos la pesada puerta metálica de la entrada, una ola de calor, humo de cigarrillo y aroma de aguardiente llenaba el pasadizo. Un disco de Los Graduados cantado por Gustavo Quintero, sonaba a todo volumen; no se veía casi nada. Varias personas nos saludaron a gritos. El gerente del sitio muy amablemente nos llevó hasta un reservado especial para seis personas.

—Les presento a mi asistente de cámara, Armando Plata

—Mucho gusto —dije tímidamente.

—¿Entonces qué Don Carlos, lo mismo? —preguntó un mesero.

—Sí, con hielo.

Al fondo varias parejas bailaban muy amacisadas.

Media hora más tarde Carlos me ordenó preparar las luces para iniciar la filmación y me dio algunas instrucciones técnicas:

—Lo más importante es que mantengas la luz a la misma distancia y sigas los movimientos que voy haciendo con la cámara.

Estaba muy emocionado...era mi primera filmación.

El grill no era muy grande y tenía una pequeña pista de baile con una plataforma de madera elevada a unos veinte centímetros del nivel del piso.

Uno de los meseros anunció por los parlantes el show central de la noche: Adriana y su baile exótico.

Una chica rolliza de unos 20 años se paseó por algunas mesas y luego saltó a la tarima al ritmo de una música de saxo. Vanegas comenzó a rodar. La mujer se fue desvistiendo lentamente hasta quedar en cueros.

—Ooops, esto esta como bueno —pensé, mientras ajustaba la posición de la luz.

Luego sonó una especie de fanfarria musical y del fondo apareció otra mujer, un poco más delgada. Hizo lo mismo: se quitó toda la ropa. Vanegas se acostó bocarriba sobre la plataforma para hacer una toma contrapicada de las dos bailarinas. Me vi en aprietos para iluminarlas bien pues si me acercaba podía quemarles las pantorrillas con la lámpara que estaba bien caliente. Pero la exótica Adriana y su amiga Marleny estaban peores, ardían. Entre aplausos y gritos de los asistentes se besaron e hicieron la mímica de tener sexo sobre el escenario, llegaron a la línea que divide lo erótico de lo evidente. El público pedía más y más; ellas sabían lo que hacían y gozaban provocándolos.

La filmación duró unos quince minutos. Carlos H. Vanegas también gozaba siendo el centro de atracción del lugar: a veces se contorsionaba más con la cámara que las mismas bailarinas.

Cuando regresamos a la mesa, un poco sudorosos, varias muchachas se sentaron con nosotros.

—¿Quién es el pelao? —preguntó una.

—Mi asistente de cámara —contestó Carlos.

—Parece virgo —dijo otra.

—De las orejas, tal vez —contestaron otras en coro y luego soltaron una sonora carcajada.

—Está bueno el flaco —susurró otra, mientras me deslizaba su mano bastante bien arriba de la rodilla.

Esa noche supe que Mario's era un cabaret que se había ganado una excelente reputación por tener siempre buen hembraje. A las muchachas les pagaban un porcentaje según las copas o botellas de licor que consumieran los clientes, como en las ferias y fiestas de Chocontá. En el segundo piso, al lado de la oficina del administrador, había un lugar destinado únicamente para clientes muy especiales: era un gran sofá donde se podía tener sexo.

Esa noche no pasó nada de nada con ninguna de las chicas del cabaret porque Carlos se emborrachó bastante. Me tocó llevarlo hasta su casa ubicada en los edificios del Centro Antonio Nariño, muy cerca de la Feria Exposición Internacional de Bogotá.

Al día siguiente le pregunté cómo le había parecido mi trabajo como iluminador durante la filmación. Vanegas soltó una enorme carcajada y me respondió:

—¿Cuál filmación?

—La de anoche.

—Armando, no sea güevón. Eso se llama *cámara rusa*: cuando uno hace el simulacro de filmar pero en realidad la cámara no tiene rollo... No olvides que una cámara abre muchas puertas... y si se sabe manejar bien, abre muchas piernas, jajajaja...

—Carlos, ¿pero si el cliente se da cuenta o luego te pide ver la película?

—Ah, bueno, en ese caso se argumenta que el rollo se veló en el laboratorio y que lamentablemente se debe repetir toda la filmación.

Desde ese momento, le perdí la confianza a Carlos y pensé que su conducta antiética a la larga podría ocasionarnos problemas con los clientes.

---